

“La única verdad es la realidad”: la sociología y el discurso dominante en la Argentina.

Julio César Estravis Barcala.

Cita: Julio César Estravis Barcala (2007). “La única verdad es la realidad”: la sociología y el discurso dominante en la Argentina. *VII Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-106/373>

“La única verdad es la realidad”: la sociología y el discurso dominante en la Argentina

Julio César Estravis Barcala

Universidad de Buenos Aires

juliocesareb@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es dar un somero panorama sobre la relación entre la sociología y el discurso dominante en la Argentina, desde fines del siglo XIX hasta los albores del XXI. A este propósito, el trabajo se encuentra dividido en tres partes, cada una correspondiente a un período de análisis.

La primera parte abarca desde la década de 1890 hasta mediados de la de 1920. Es un período muy fructífero marcado por el nacimiento de la Sociología y su introducción en la Universidad argentina. A nivel político es una época turbulenta, signada por el auge de la inmigración europea al tiempo que la élite gobernante se rasgaba de las vestiduras tratando de encontrar una solución para su desilusión. En este punto es donde entra la sociología, que brindará respuestas progresistas, inclusivas y efectivas a esta aporía.

El segundo período nos remonta a mediados del siglo XX. En 1957 nace la carrera de Sociología de la UBA, y su creador, Gino Germani, domina la escena intelectual de esos años gracias a sus escritos sobre los orígenes del peronismo y su rol como investigador y director de la carrera. El país es regido por la dictadura militar que había derrocado a Perón en 1955. El ferviente clima intelectual de esos años se interrumpe en 1966 con la “noche de los bastones largos”, inaugurando una época de resistencia. En esos años, los alumnos de Germani Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero reeditan el tópico de los orígenes del peronismo en un clima político totalmente distinto al de aquellos años, surcado por el peronismo de izquierda y los movimientos guerrilleros.

Con el tercer período nos ubicamos en la década de 1990. En una época en que las ciencias, y especialmente las sociales, fueron olvidadas, jóvenes sociólogos con posgrados y másters en el extranjero estudian la nueva “cuestión social” que surgió en Argentina desde aproximadamente 1975 con las políticas de desguace y achicamiento del Estado. Nuevos fenómenos como la pobreza estructural o la delincuencia juvenil son estudiados con rigurosidad por estos especialistas, en abierta oposición a la “fiesta” que se vivía en los ámbitos de las clases alta y media-alta, los “nuevos ricos”.

Algunas consideraciones metodológicas antes de comenzar. En primer lugar, para cada período tomamos al discurso dominante como único y monolítico. Un análisis de las pujas al interior de este discurso en cada período requeriría otro trabajo. Por discurso dominante entendemos el conjunto de decisiones y medidas políticas ejecutadas por el gobierno nacional de turno, y los juicios y

apreciaciones vertidos en la prensa o a través de las corporaciones alineadas con el mismo (por ejemplo, el Ejército), en tanto fuentes privilegiadas de construcción de las representaciones de “la gente”.

En cuanto al discurso sociológico, su unidad es incluso menor. En todas las épocas hubo voces dentro de la Sociología, o las ciencias sociales, que estaban “con” el régimen y otras “contra” él. El análisis que realizaremos toma en cuenta los trabajos y las teorías sociológicas que cobraron relevancia, tal vez justamente por la posición en que se situaban en relación con el discurso dominante (es el caso de la década de 1990). En el primer período, el discurso sociológico no es aún completamente independiente, en tanto saber experto y científico, de otros discursos que también tomaremos en cuenta por su valor, como la literatura o la filosofía.

Hay un concepto que atravesará el trabajo, con el objeto de medir los discursos con la misma vara: el “orden”. Siendo un tópico tan caro a la historia argentina desde la época de la Colonia, en torno de él giran muchas veces los debates en el campo intelectual. Como en este trabajo se analizará el rol del Estado en cuanto aparato privilegiado de reproducción del discurso dominante (a través de la escuela, de la prensa, etc), el “orden” será un objetivo muy importante para los gobiernos de turno. Veremos, igualmente, que en cada período la amenaza al orden se presentó desde lugares distintos, y a veces contradictorios.

POSITIVISMO, ORDEN Y PROGRESO: LA GENERACIÓN DEL 90 Y EL NACIMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA

En este primer período analizaremos la obra práctica y teórica de los intelectuales que formaron parte de la “Generación del 90”. El gran tema tanto de José María Ramos Mejía como de su discípulo José Ingenieros, y del primer profesor de Sociología en una Universidad argentina, Ernesto Quesada, es el de la conducción política de las masas, y su discurso está en estrecha relación con la élite de su tiempo. Nos referiremos un poco también a Miguel Cané, que, si bien pertenece a la “Generación del 80”, está muy presente en el pensamiento de aquellos intelectuales.

“Paz y administración”

Luego de la Campaña al Desierto se constituyó definitivamente el Estado moderno argentino. El general Roca, héroe del genocidio de los pueblos originarios, fue premiado con la presidencia de la Nación, adoptando el lema del encabezado. Los años entre 1880 y 1886 fueron vividos por la oligarquía como una merecida recompensa de su trabajo. Ya no había más generales a quienes obedecer; estaban solos y tranquilos.

En 1886 comenzó el aluvión. La “amenaza que bajó de los barcos”. Miguel Cané era un miembro conspicuo de la élite, experto en el arte del ocio diplomático como bien lo prueban sus diarios de viaje por Europa, a lo largo de los cuales en ningún momento se aclara bien qué fue a hacer allí. David Viñas tituló su capítulo de *Literatura argentina y política* muy acertadamente: “Cané: miedo y estilo” (Viñas, 1964: 166).

El miedo invadía a todos los de su clase. Su sentimiento de pertenencia, de estar “adentro”, era tan fuerte como su rechazo por el “afuera”. Dice Miguel Cané, a propósito de los negros estibadores de la isla Martinica: “No he visto nada más feo, más repulsivo, que esos negros sudorosos; me daban la idea de orangutanes bramando de lascivia” (citado en Viñas, 1964: 172). Dos parcelas de la realidad claramente diferentes, opuestas y antitéticas. El miedo aparece como defensa, frente a la única posible relación entre ellas: la “invasión”. “Ellos” nos invaden a “nosotros”, los Cané, los Mansilla, los Alvear. Pero las respuestas que proponen no son para nada satisfactorias. La primera busca el estilo: en 1896 se funda la Facultad de Filosofía y Letras, uno de cuyos objetivos era enseñar griego y latín, lenguas símbolo de la alta cultura occidental. Y la segunda respuesta es la hija bastarda del miedo: la Ley de Residencia de 1902, para que los otros, las “bestias”, identificados con el mal, vuelvan a sus países y no nos molesten más.

Desde la literatura conservadora se da otro giro importante debido a la inmigración. El interior, que para Sarmiento era la barbarie, opuesto a las luces modernizadoras de la ciudad, pasa a ser revalorado. Unido a la Campaña al Desierto: ya no había más gauchos ni indios. El interior pasa a ser un refugio de las ciudades, convertidas en focos de infección, vicios, promiscuidad, pobreza y delincuencia (cfr. Eugenio Cambaceres, *Sin rumbo*, Buenos Aires: CEAL, 1992). Los culpables de esto eran los inmigrantes, quienes buscaban enriquecerse rápido sin trabajar y no educaban a sus hijos en los “valores” argentinos. La segregación espacial se da incluso dentro de la ciudad de Buenos Aires: los miembros de la oligarquía se mudan a las quintas de Flores y Belgrano, durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Otros títulos de obras de la época son muy significativos: *Entre-nos*, de Lucio Mansilla (1888) y *¡Al campo!*, de Nicolás Granada (1902).

La élite gobernante y el discurso científico

La respuesta a estos fenómenos que da la literatura es menos importante que la aportada por la sociología. En Argentina la Sociología nace alrededor de las preocupaciones específicas que se le presentaban a la élite gobernante. La inmigración es la principal: en la zona del Gran Buenos Aires, en 1895 el 50% de la población era extranjera, porcentaje que se elevaba a 74% tomando en cuenta solo a la población activa (20 años o más); hacia 1914, los porcentajes aún eran de 49 y 72%, respectivamente (Germani, 1962: 187-188).

Es claro que la inmigración no se dio como la oligarquía gobernante hubiera querido. En primer lugar, no llegaron europeos del norte, sino del sur, en su mayoría de Italia (70%) y España (15%). En segundo lugar, no se ubicaron en el interior del país, sino en las grandes ciudades, fundamentalmente Buenos Aires y Rosario. Esto se debió a la poca previsión oficial sobre el número de inmigrantes y a los deficientes mecanismos de arrendamientos temporarios, cuando los había, con duras condiciones para los recién llegados. En tercer lugar, los inmigrantes eran obreros poco calificados, y no expertos torneros o fundidores como estaba planeado, de manera que se complementaran con la mano de obra autóctona.

Si bien no era sociólogo, sino médico, José María Ramos Mejía hizo un aporte importante al discurso sociológico de los años 1895-1925. Nacido en 1849, se vio muy influido, como todos los autores que trataremos en este período, por el positivismo europeo, especialmente por Herbert Spencer. En su visión, “el universo era representado como un gigantesco mecanismo sujeto a una causalidad inexorable que se identificaba con la marcha misma del progreso indefinido, el cual adoptaba la forma de la gran ley de la evolución. (...) la realidad pasa en todos sus órdenes – físico, biológico, psicológico, social y moral – de una homogeneidad indefinida a una heterogeneidad definida y coherente” (Terán, 2000: 84). La ciencia era, para ellos, sinónimo de *verdad*.

Ramos Mejía influyó en esta época tanto como intelectual (especialmente dos de sus obras, *Las multitudes argentinas* y *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida*) como en su rol de funcionario del Estado: fundó la Asistencia Pública, el Departamento de Higiene, el Círculo Médico y la cátedra de Neuropatología en la Facultad de Medicina. Desde estos puestos aplicó, o intentó aplicar, sus ideas sobre la sociedad en crisis que le tocó vivir.

Tres intelectuales europeos contemporáneos atravesaron la obra de Ramos Mejía: Hyppolite Taine, Gustave Le Bon y Cesare Lombroso. Del primero tomó el papel reducido que le corresponde, en la historia, a las fuerzas individuales y racionales. Del segundo tomó su famosa “psicología de las masas”, surgida de la crisis del sujeto liberal que también documentaría August Comte, y que le atribuye a estas los rasgos de irracionalidad, imprevisibilidad, pasión e inconsciencia. Por último, del tercero toma su teoría criminalística de las propensiones al delito según la fisonomía corporal y craneana.

Ramos Mejía venía de una familia patricia y era miembro de la élite. A pesar de esto, sus respuestas al problema de la inmigración fueron críticas hacia sus propias filas (la Generación del 80) y, podríamos decir, “progresistas”. Donde Cané proponía mandar a los inmigrantes de vuelta a sus países, él entendió la importancia de estas “multitudes” para la construcción de una nacionalidad argentina.

Uno de los conceptos centrales en Ramos Mejía es la *simulación*. Los inmigrantes *simulaban* ser argentinos: se vestían de gauchos, cambiaban la tonada, aprendían las fechas patrias y cantaban el himno nacional con más entusiasmo aún que los nativos, a pesar de que llevaban su origen marcado “en la sangre” (Cambaceres). Desde el Consejo Nacional de Educación – el cual dirigió hasta 1912, dos años antes de su muerte – apostó por la educación pública como medio para nacionalizar a los extranjeros de segunda generación: cuyas son medidas como el guardapolvo blanco obligatorio. En su concepción política, “la idea nacional resulta funcional para proteger contra la anomia” (Terán, 2000: 132).

Es central a efectos de comprender esta escena intelectual la figura de Ernesto Quesada. Nacido en 1858, a pesar de pertenecer a la clase alta no reniega de la modernidad *per se*, sino que abraza sus logros al tiempo que señala sus defectos. En cuanto al positivismo, lo incorpora con las obras de Spencer, Chambers, Darwin y, especialmente, Lamarck, en su cátedra de Sociología en

la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, desde su fundación en 1905. Como todos sus contemporáneos, Quesada era racista: no dudaba de que algunos seres humanos eran “mejores” o “más aptos” que otros en la carrera por la vida. Pero no cayó en el error de trasladar las categorías darwinianas a lo social tan rápidamente, pues esto llevaba a “desconocer en la moral un fundamento extrahumano y espiritual para reducir la ética a fuerzas sociales colectivas” (Terán, 2000: 216).

La concepción que Quesada tenía de la sociología era bastante ambiciosa. Al estar mucho más cerca de Spencer y su *Principles of Sociology* que de Comte, entiende que las relaciones sociales no pueden entenderse como acciones mecánicas sino que deben tomarse en cuenta “las creencias y emociones” de las personas (coincidiendo también con Hyppolite Taine). Esta ciencia naciente, la “ciencia filosófica”, está llamada a representar el verdadero papel de madre de las ciencias sociales, abarcando todo su campo de acción. Quesada comprende también que este conocimiento brindará a quien lo posea un importante poder político sobre la sociedad, como postulaban los Iluministas. Es digno del sociólogo, por tanto, tener canales institucionales de intervención sobre lo social, siendo en su opinión el principal la Universidad. También este conocimiento experto es útil para resolver la “cuestión social” que comenzaba a aflorar en las grandes ciudades del mundo.

Los dos temas más importantes de la sociología en esos años eran, entonces, la “cuestión nacional” y la “cuestión social”, ambas en estrecha relación con la inmigración. La primera fue tratada por Quesada por el lado del idioma nacional. Había básicamente dos teorías: la *nativista*, que se inclinaba a buscarlo en las lenguas de los pueblos originarios, y la *derivativista*, que proponía buscarlo como resultado de alguna mezcla. La primera había sido dejada de lado desde los tiempos de Alberdi y Echeverría, por ser claramente poco glamorosa (“no descendemos de los pampas”). La segunda teoría fue la que guió la confección del programa de incentivo de la inmigración que la élite formuló en la década de 1870. Como mencionamos antes, esta se basaba en el deseo de “transplantar Europa en América” para así imbuirnos de su espíritu moderno y de progreso. Pero cuando vieron que no vinieron los que esperaban y que eran muchos más de los que esperaban, esta teoría entró en discusión nuevamente. El dilema era entonces “cómo mezclar sin mezclarse” (Terán, 2000: 229). Los componentes serían el criollo y el inmigrante, pero el idioma corría peligro de corromperse. “Más que ‘crisol de razas’”, dice David Viñas, “hay un *caos de razas* cuya velocidad resulta directamente proporcional al crecimiento demográfico más rápido producido en la historia de Buenos Aires, producido (...) entre 1887 y 1890” (Viñas, 1964: 178).

La heterogeneidad estaba ligada a la ingobernabilidad en el nivel político. Ante la “cuestión nacional”, Quesada se inclina en *El problema del idioma nacional* por la teoría derivativista con base criolla, que “no es material sino que habita en el reino de un pasado autóctono que adopta la temporalidad del mito porque en verdad se trata de un eterno presente” (Terán, 2000: 241). Nótese el dejo idealista del concepto de mito. El lenguaje nacional será, entonces, el que hablan las clases cultas argentinas. Pero aquí llega la sorpresa al darse cuenta de que esa es la lengua española. La conclusión es que la cepa de la raza es, ella

misma, derivada. En *En torno al criollismo* Quesada se apropia de la idea de *simulación* que ocupara a Ramos Mejía y luego a Ingenieros para explicar mediante ella el auténtico ser nacional.

Quesada era un gran germanófilo: admiraba al Estado prusiano, a Marx y el primer programa de Sociología de la UBA tenía mucho de este y de Tönnies, Simmel y Weber, a contrapelo del resto de la élite, más bien francófila. Sus críticas a la minoría dirigente pasan por la gran desconexión que tenían hacia el sentir nacional y las masas. De tradición católica, en su vertiente progresista, Quesada impulsó reformas sociales (como el Código de Trabajo elaborado junto con Joaquín V. González) con apoyo de la Iglesia, que se empezaba a interesar por esos temas. Este apoyo no era nada inocente: de no preocuparse por ellos, podían volcarse al comunismo y hacer la revolución. La élite tenía que tener un “diagnóstico de lo real” para no caer en la “imprevisión suicida” (Terán, 2000: 269). El sociólogo clama por intervención del Estado en ciertas áreas, especialmente en la educación, lo cual prueba su pragmatismo intelectual al ser de raíces liberales como toda la *intelligentsia*.

A principios del siglo XX, fue un discípulo de Ramos Mejía el que encarnó con exactitud y retomó teóricamente su concepto de *simulación*. José Ingenieros nació en 1877 en Italia como “Ingegneros”, y construyó su propio camino intelectual como el más claro representante del positivismo en Argentina. Aunque este positivismo presenta algunas particularidades, alimentadas por su militancia juvenil en el anarcosocialismo, pasando luego hasta el final de sus días a un socialismo moderado e institucionalista.

A la influencia spenceriana que todo lo abarcaba, Ingenieros agrega una interesante cuota de marxismo positivista, evolucionista y determinista, *via* el italiano Achille Loria. En su concepción, la humanidad evoluciona siguiendo leyes económicas, pero al mismo tiempo está regida por los principios del darwinismo social y la antropometría criminalística lombrosiana, la cual pudo aplicar a partir de 1900 como jefe de clínica del Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires, y desde 1907 en el Instituto de Criminología. Debido a su formación tanto social como médico-biológica, cree que es “precisamente en la encrucijada de problemas sociales y perturbaciones mentales donde ‘la anomalía psíquica del individuo se convierte en causa determinante de su actividad antisocial’” (Terán, 2000: 293). En su proyecto político de Nación, Ingenieros propone integrar a los “anormales” en la medida de lo posible, y apartar a los renuentes a integrarse a la modernidad. Este movimiento culminará en una sociedad con clases estables, que tendrán a veces conflictos menores que promoverán el desarrollo, junto con el incremento de la riqueza agropecuaria.

Al igual que en sus contemporáneos, el pensamiento de Ingenieros está surcado por una constante tensión entre el positivismo y el idealismo espiritualista. Tanto en Ramos Mejía como en su discípulo es clara la influencia de Nietzsche. Ingenieros creía que la historia estaba regida, además de por las fuerzas de producción, por “fuerzas morales”. Esta obra (póstuma) presenta ribetes casi místicos que parecen desentonar con su cientificismo spenceriano, en declaraciones tales como “juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre

precoz” o “en todo lo que existe actúan fuerzas de perfección” (Ingenieros, 1933: 36).

El discurso de Ingenieros no fue del agrado de la oligarquía gobernante. Ante la necesidad de cubrir la cátedra de Psicopatología de la Facultad de Medicina en 1911, su nombre fue propuesto en el primer lugar de la terna presentada al Poder Ejecutivo, a cargo de Roque Sáenz Peña, quien lo ignoró probablemente debido a presiones de la Iglesia. Indignado, Ingenieros se retira de la función pública. Luego de llevar un activo papel en la Reforma universitaria de Córdoba en 1918, muere joven en 1925 sin dejar herederos intelectuales.

DEL LIBERALISMO PROGRESISTA AL MARXISMO REVOLUCIONARIO: GINO GERMANI Y NUESTROS TURBULENTOS 60's

Es curioso que el sociólogo argentino más importante no sea argentino. Gino Germani nació en Roma en 1911. De padre socialista, fue encarcelado entre 1930 y 1931 durante el régimen de Mussolini. El antifascismo sería una de sus características ideológicas más marcadas a lo largo de su vida, lo cual lo llevaría también a criticar (luego de estudiar) al peronismo.

Llegó a Argentina en 1934 y comenzó a estudiar filosofía en la UBA. Desde 1940 se sumó al Instituto de Sociología, dirigido por Ricardo Levene. En esos años estudiaba Sociología por su cuenta y militaba en el Centro de estudiantes de la Facultad como antifascista y socialista. Durante el peronismo la Facultad fue acaparada por sectores católicos retardatarios y *nazionalistas* (Izaguirre, 2005).

A partir de 1955 comenzó a vivirse la “época de oro” de la intelectualidad argentina y la Universidad, que duraría hasta 1966, período que Oscar Terán llamó “nuestros años 60” (años después, el autor lo extendería hasta el Cordobazo, en 1969). Los profesores exiliados o desplazados durante el peronismo regresaron, volvieron a leerse los libros prohibidos y en 1957 nació la carrera de Sociología. En un principio la carrera era para estudiantes que ya tenían un título de grado: Juan Carlos Portantiero, por ejemplo, era licenciado en Letras.

A nivel social en estos años se experimenta una ampliación y un cambio de la clase media: consumían libros, revistas, iban al cine algunas veces por semana. La modernización en el plano cultural se reflejó en la importante actividad editorial (EUDEBA y el Centro Editor de América Latina, de Boris Spivacow), el nacimiento del Instituto Di Tella de los hermanos Torcuato y Guido, el auge de las revistas culturales (Sur, Contorno, Primera Plana) y la renovación en la UBA, especialmente en el enfoque moderno y científico adoptado en las ciencias sociales.

En lo económico, el eje pasa de las industrias livianas intensivas en mano de obra a industrias pesadas intensivas en capital, lo que produce entre 1955 y 1957 un aumento del PBI y de la desocupación. El plano político está marcado primero por una dictadura militar que prohibió todo lo que tuviera que ver con el

peronismo, seguido de dos gobiernos democráticos, con un breve interregno, que continuaron con la proscripción del partido mayoritario.

Las principales obras de Germani se publican en esos años: *Estructura social de la Argentina* en 1955 y *Política y sociedad en una época de transición* en 1962. De más está decir que durante el peronismo estos libros no hubieran ni entrado en la imprenta: en uno de los capítulos fundamentales del segundo, el del totalitarismo en las clases populares, compara seriamente el peronismo con los fascismos europeos. Siendo un hombre comprometido con la democracia liberal (admiraba en este aspecto a los Estados Unidos), Germani colocó a este régimen, y especialmente a las causas de su origen, en el centro de sus preocupaciones teóricas.

La tesis sobre la cual basa su análisis, y que luego discutirán Murmis y Portantiero, es la de que el peronismo “se posibilitó y adquirió su forma peculiar a través de una ‘alianza de clase’ implícita entre los obreros y los nuevos empresarios industriales, con la participación de un liderazgo político de distintos orígenes – incluyendo a muchos fascistas – que colocan al peronismo en una categoría eminentemente diferente a la de los partidos ‘de clase obrera’, como se los concibe comunmente” (Germani, 1973: 446). En su análisis de la clase obrera, destaca tres factores que cambiaron desde 1930 y que, en su opinión, fueron de vital importancia para el surgimiento del peronismo.

El primer factor es el cambio en la naturaleza de las migraciones. El período de 1869 a 1936 estuvo marcado por la inmigración de ultramar, que se concentró mayormente en las grandes ciudades. Pero a partir de 1936 este flujo se interrumpió y el saldo migratorio externo pasa a ser negativo. Se experimentó desde entonces un crecimiento importante de las migraciones internas, de 72.000 personas en el período 1936-1943, y que se intensificó aún más en 1943-1947, siendo de 117.000 personas (en la zona del Gran Buenos Aires). Esto, dice Germani, se debió a “cambios políticos de vasto alcance”, es decir, el peronismo y la profundización de la industrialización por sustitución de importaciones, cuyos inicios se remontaban a la década de 1930 (Germani, 1955: 75-76). Concluye que “*la existencia de estas enormes proporciones, necesariamente hace pensar que los migrantes fueron el componente más importante del voto peronista*” (Germani, 1973: 450, cursivas del autor).

El segundo factor diferencial de la clase obrera en los años peronistas es la proporción de migrantes recientes. Contando a aquellos con menos de 10 años de residencia en su lugar de arribo, y fechando el comienzo del auge de las migraciones internas hacia 1938, Germani concluye que “*más de la mitad de la clase obrera estaba compuesta por inmigrantes recientes en su mayor parte con menos de 5 años de residencia urbana*” (Germani, 1973: 452, las cursivas son del autor).

El tercer factor está relacionado con la “experiencia moderna e industrial previa de los migrantes en la vida y en el trabajo”. Aquí Germani aplica los conceptos de *desprendimiento* y de *disponibilidad*. Los obreros, al irse de su lugar de origen, experimentaron un desprendimiento de sus valores, de sus tradiciones, de sus conocimientos profesionales previos, debido a que ya no les servirían

en sus destinos. Al llegar allí, están *disponibles* para constituirse como sujetos, para ser *interpelados* (Althusser), como efectivamente lo fueron en los actos públicos que tanto valora Germani en este aspecto, por el líder.

Al hablar de migrantes en el período inmediatamente anterior al peronismo (1935-1943), Germani postula que habla específicamente de originarios de las provincias. Pero no realiza un análisis parcial: según los datos con los que trabajó, “la inmigración europea masiva finalizó *súbitamente* en 1930” (Germani, 1973: 464, las cursivas son del autor). Hacia esos años, el mercado laboral reemplaza progresivamente a los antiguos obreros urbanos por los nuevos migrantes, mediante el ascenso social de aquellos en la segunda generación (de clase baja a media, de obrero no calificado a calificado, etc). “El componente ‘criollo’ de la nueva clase trabajadora fue tan prominente que produjo la aparición de un estereotipo: el ‘cabecita negra’, *que a su vez fue sinónimo de peronista*” (Germani, 1973: 467, las cursivas son del autor). Vemos aquí cómo el discurso sociológico se apropia de una categoría del sentido común y le da valor como elemento de análisis.

Los estudios de Germani son de una rigurosidad científica intachable: profusamente documentados con datos, gráficos y demás estadísticas, nunca se aventura con lo que no conoce *for sure*. Estuvo muy influenciado por la corriente sociológica estadounidense de los años 30 y 40, especialmente la figura de Talcott Parsons y su *Social System*. Ambos análisis se refieren a sociedades “en transición”, entre una sociedad tradicional y una sociedad de masas.

Los hijos pródigos: Murmis y Portantiero ante los orígenes del peronismo

En 1966 Germani fue uno de los cientos de intelectuales que abandonó el país durante la dictadura de Onganía, a partir de la sistemática persecución académica y política que sufrieron luego de la “noche de los bastones largos”. Pasó su exilio en Estados Unidos hasta que murió en 1979. Sin embargo, varios ex-alumnos suyos se quedaron y siguieron produciendo una rica obra. Entre los exponentes de la izquierda cultural de esos años estaban Eliseo Verón, Silvia Sigal y José Aricó.

Probablemente Gino Germani se haya dado cuenta de que a pesar de que él fuera liberal, sus alumnos eran todos marxistas. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero nacieron en 1933 y estudiaron Sociología en la UBA. Este último participó en las décadas de 1960 y 1970 de la revista gramsciana *Pasado y Presente* (incluso el nombre está tomado del filósofo italiano), junto con José Aricó. Desde este campo realizarán su análisis de los orígenes del peronismo, editados como documentos de trabajo por el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella en 1968 y 1969, y compilados en el célebre libro de 1971.

El primer estudio se esfuerza en demostrar que durante la década de 1930, en especial desde 1933, la primera fase de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) se desarrolló gracias a una alianza de fracciones de clase entre los industriales y los sectores agrarios más poderosos. Estos últimos, beneficiados por el leonino pacto Roca-Runciman, pudieron seguir exportando

carne enfriada ("chilled"), en perjuicio de los sectores invernadores. La "hegemonía" (Gramsci) dentro de esta alianza la seguía detentando la oligarquía gobernante, pero el aporte de este trabajo consistió en establecer que no existían, como lo expresaba la tradición nacional-popular, dos sectores monolíticos bien diferenciados: los industriales, progresistas, dinámicos y partidarios del proteccionismo; y la oligarquía terrateniente, retrógrada, librecambista y conservadora. La ISI, en este primer momento, resultó funcional a la oligarquía gobernante, pues mejoró la actividad económica en su conjunto y, por otra parte, no tuvo que ceder sus privilegios arancelarios ya que la industria que se desarrolló fue la liviana (textil y de alimentos).

El segundo estudio, "El movimiento obrero en los orígenes del peronismo", fue más importante por el quiebre que introdujo en el discurso sociológico. Discute con Germani sobre varios temas. Primero, sobre la heteronomía de los obreros en el período, postulando que los sindicatos, tanto "viejos" como "nuevos", se incorporaron autónomamente al movimiento (en especial al Partido Laborista). Segundo, que la distinción de intereses entre obreros "viejos" (vinculados a posiciones conscientes de clase y reclamos duraderos) y "nuevos" (ingenuos, cortoplacistas y carentes de tradición sindical) no basta para explicar los orígenes del peronismo, pues sus reclamos se unieron. En tercer lugar, que los obreros y los sindicatos "viejos" apoyaron efectivamente al peronismo en su mayoría, a pesar de contar con cuadros comunistas y socialistas en sus filas. Por último, un aspecto absolutamente ignorado por el maestro italiano, Murmis y Portantiero basan toda su teoría en el hecho de que durante la década del 30 se había construido una pujante industria nacional, había aumentado el PBI, pero sin embargo los reclamos sindicales no habían sido oídos por la oligarquía gobernante, conservadora en lo político. Esta acumulación de reclamos hacia 1943 causó que el movimiento sindical en pleno apoyara al gobierno militar, y luego a Perón, al encontrarlo permeable a sus reclamos, al igual que los industriales que gozaban de una bonanza extraordinaria por la Segunda Guerra Mundial.

Para Germani, el peronismo había sido una equivocación, pero sus alumnos le mostraron que en esa situación todo el arco obrero, incluyendo los sectores "viejos" de tradición reformista, encontró adecuadas las respuestas del gobierno. El artículo mencionado en la sección anterior es de 1973, y le responde explícitamente a este y otros trabajos que hacían tambalear su teoría fundacional. Comienza así: "En los últimos tiempos se han publicado varios trabajos..." (Germani, 1973: 435), y una nota remite a más de 11 artículos. El tercer peronismo ya estaba en el poder y el clima era muy distinto. Perón no estaba ni en Venezuela ni en Puerta de Hierro, como en 1962, sino en el sillón de Rivadavia de la Casa Rosada.

Son años turbulentos y llenos de violencia. En 1964 se organiza la primera guerrilla de la Argentina, el Ejército Guerrillero del Pueblo, una avanzada del Che Guevara en la Selva de Yungas en Salta, comandada por el fundador de Prensa Latina Jorge Massetti. En 1970 la organización guerrillera peronista Montoneros se hace pública reivindicando el asesinato del general Aramburu. Si bien nunca fue mayoritaria su aceptación entre la población de a pie (de haber sido así, hubieran "ganado"), en los años entre 1969 y 1975 la guerrilla es aceptada (probablemente con una cuota de esnobismo de izquierda tan argentino) entre

las filas de sectores de izquierda democrática y nacional-populares, como el peronismo. Al ser echados de la plaza por el propio líder, quien había manejado hábilmente su apoyo cuando los necesitó, tanto la guerrilla como los simpatizantes de izquierda no-guerrilleros comenzaron a ser perseguidos ilegalmente mediante la terrible AAA comandada por José López Rega. En la Universidad, la ultraderecha había ascendido con el rector Alberto Ottalagano.

El tema del “orden” presenta un recorrido casi circular en estos 20 años. Con la Revolución Libertadora, el enemigo eran los partidarios del “tirano prófugo”. Bajo esta etiqueta tan heterogénea, a lo largo de los años se fue separando la paja del trigo, de tal manera que en los sucesos de Ezeiza de 1973 el enfrentamiento se dio entre las facciones “izquierda” y “derecha” del propio movimiento. Cuando la guerrilla había cobrado fuerza, en los primeros 70, el discurso dominante instaló la idea de que ellos impondrían el orden “limpiando” la “subversión apátrida”, y adquirió una fuerte legitimidad, probada por las escasas voces contrarias al golpe de 1976, tanto en la prensa como entre la sociedad civil.

Si bien Murmis y Portantiero no pertenecían a la extrema izquierda, tampoco eran tan antiperonistas como Gino Germani, y su discurso se insertó en una sociedad abierta a las discusiones sobre un fenómeno tan importante y presente como el peronismo. Ambas posiciones siguen siendo utilizadas en cátedras universitarias de todo el país para abordar el tema desde ópticas diferentes. Sería bueno que cuando surgieran discusiones sobre algún aspecto de la política de hoy en día, las partes se respondieran escribiendo un libro como Germani o como Murmis y Portantiero.

AL PRIMER MUNDO SIN ESCALAS: EL DESGUACE DEL ESTADO SOCIAL Y LAS CIENCIAS SOCIALES COMO PROBLEMATIZADORAS

En el tercer período de análisis nos encargaremos de los años en que las conquistas que el Estado social había garantizado para los trabajadores, en forma de “propiedad transferida” según la noción de Castel, fueron quitadas siguiendo una tendencia mundial, tanto a nivel político como discursivo y simbólico, de liberalización y desregulación.

El legado de la dictadura militar en lo económico fue tanto o más catastrófico que en lo político-social: incremento de la deuda externa de 7.800 a 45.000 millones de dólares en 1983, desindustrialización, desequilibrio fiscal, fuerte concentración económica, regresiva distribución del ingreso y alta inflación permanente. Con el primer gobierno democrático la tendencia no cambió: la deuda aumentó a 65.000 millones, con nuevos plazos y la concentración económica aumentó aún más (como lo demuestra el clásico estudio de Azpiazu, Basualdo y Khavisse (1986), *El nuevo poder económico en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires: Legasa), junto con la desigual repartición de la torta.

Pero fue durante los gobiernos de Carlos Menem que el neoliberalismo caló hondo en la sociedad argentina. Una manifestación fue a nivel del redimensionamiento del Estado. Se culpaba al “Estado elefante” de los desequilibrios fiscales, por ser ineficiente y derrochador, aunque al momento de recibir

exenciones impositivas, mercados preferenciales o combustibles subsidiados, el Estado siempre era bienvenido. Se procedió a privatizaciones de empresas estatales en rubros como los teléfonos, los combustibles, la aviación comercial, la electricidad, el gas natural, el espacio radioeléctrico y los ferrocarriles. Si bien durante el gobierno de Alfonsín existió la voluntad de privatizar en los sectores del gabinete más cercanos al neoliberalismo, no se pudo lograr por presiones de asociaciones del trabajo. Pero con el fantasma de la hiperinflación resultó posible a partir de 1989.

A nivel simbólico, la dictadura incorporó en los ciudadanos pensamientos como el “algo habrán hecho”, que pueden englobarse en el concepto de neoindividualismo y “sálvese quien pueda”, cuyo apogeo se dio durante los 90. También separó definitivamente los planos “político” y “económico”, este último a cargo o bien de técnicos como los que llegaron al gabinete Alfonsín de la mano de Sourrouille, o bien de representantes directos del capital más concentrado como el primer ministro de Economía de Menem (Roig, de Bunge y Born). La economía se debía “gestionar”, lejos de posiciones partidarias. Otro legado fue la valoración del “orden” y el “respeto” que había con los militares, cuya contraparte está en la democracia que es “desorden”, “caos” y “corrupción”, como se aprecia en el análisis de Alejandro Isla del triunfo de Bussi en Tucumán en 1995 (Svampa, 2000: 236).

Las consecuencias nefastas de los gobiernos de Menem son conocidas por todos: alta desocupación, precarización del empleo, crecimiento de la pobreza, aumento de la deuda externa en 80.000 millones de dólares, desigual reparto de la riqueza, destrucción de la industria nacional que quedaba por la apertura indiscriminada a la competencia extranjera, escándalos de corrupción millonarios y descrédito de la Justicia, entre otros. Este panorama culminó con los sucesos de diciembre de 2001, luego de una espectacular fuga de capitales y una represión que causó más de 20 muertos en todo el país.

¿Qué papel jugaron las ciencias sociales? En el período que se inició con la dictadura ocurrió un vaciamiento intelectual importante: algunos fueron secuestrados y asesinados, otros se escondieron y otros se exiliaron. A partir de mediados de la década del 90, aparecen nuevos trabajos de sociólogos que nos merecerán la atención de aquí en adelante. En su mayoría realizaron estudios de posgrado en el exterior y algunos actualmente siguen allí: Javier Auyero vive y da clases en la Universidad de Nueva York, Denis Merklen trabaja en la cátedra de Robert Castel en París. Son profesores universitarios reconocidos y relativamente jóvenes, de alrededor de 45 años. Sus preocupaciones teóricas apuntan hacia las transformaciones sociales producidas en la sociedad argentina en los últimos años por el neoliberalismo, que causó un astillamiento de las clases bajas, otrora homogéneas, una disociación entre las clases medias que “ganaron” (profesionales liberales, ligados a las finanzas o a sectores del derecho) y que “perdieron” (los “nuevos pobres”), frente a una creciente homogeneidad de las clases altas fruto del proceso de concentración económica.

En cuanto al desarrollo teórico, estos autores se enmarcan en los debates de la “nueva cuestión social” y la “modernidad tardía” o posmodernidad. La bibliografía de sus libros acusa lecturas de Lash, Giddens, Beck, Castel y Bourdieu, entre otros. En el aspecto metodológico, hay un cambio en relación a la sociología argentina anterior: aquí las técnicas son entrevistas en profundidad e historias de vida, para de esta manera “meterse en la cabeza” de los sujetos, ver cómo piensan y así comprender mejor su situación en una sociedad periférica en que las redes de protección de la sociedad salarial se han quebrado, lo cual ha sido provechoso para los que pudieron sumarse al proceso y devastador para la gran mayoría que se quedó atrás..

“Colgados de la soga”, justamente, se llama un trabajo de Daniel Lvovich (Santa Fe, 1964), que analiza casos de tránsito de la clase media a la pobreza. Tradicionalmente, “la pertenencia a la clase media simbolizaba la posibilidad del ascenso social, la garantía de que el trabajo y su compensación mantenían un vínculo indudable, (...) la convicción de que la posesión de atributos educativos, culturales o del orden de los méritos individuales los distinguía con nitidez tanto de las clases dominantes como de los situados en los escalones inferiores de la estructura social” (Svampa, 2000: 51). Ahora se han convertido en “nuevos pobres”, diferenciados (sujetiva y objetivamente) de los pobres estructurales por su mayor capital cultural y sus redes de amistad o familiares que les sirven de contención. No son todos desocupados, pero han pasado de una “zona de integración” a una de “vulnerabilidad” (Castel, 1997), fruto de las políticas de los 90 (directamente, por ejemplo, en el caso de un ex-empleado de YPF acogido al retiro voluntario), pero a la vez situaciones heterogéneas dependiendo de los niveles de capital cultural, etc, que poseían previamente.

Gabriel Kessler (Buenos Aires, 1964) ha estudiado el “delito amateur”, caracterizado como no-profesionalizado y en general combinado con trabajos pequeños o “changas”. Entre las causas señala que “hay una desestabilización del mundo del trabajo que no afecta sólo a los jóvenes pero que tiene efecto en sus marcos de socialización”. Al ser jóvenes pobres de segunda generación no conocen la estabilidad del trabajo para añorarlo. Las acciones delictivas son hurtos, robos menores, en ocasiones violentos, pero que representan una fuerte amenaza simbólica al “orden” por su *visibilidad*: no es lo mismo un arrebato de 50\$ en la calle que una coima de 50.000\$ en la Casa Rosada. Estos jóvenes delincuentes “no son actores racionales que realizan un cálculo costo-beneficio de una acción, y por eso la política de aumentar el costo del delito a través del aumento de las penas no suele ser efectiva”, contrariamente a aquel gobernador que postulaba que “a los delincuentes hay que meterles bala”. Kessler concluye, en una entrevista con Clarín del 20 de febrero de 2005, que “en el delito amateur no se ha perdido la idea diferencial de lo legal y lo ilegal, sino que es la ley la que ha perdido su fuerza normativa”.

Denis Merklen (Montevideo, 1966) al día de hoy sigue trabajando con el partido de La Matanza. Introduce en su análisis social una distinción teórica entre la “lógica del agricultor”, aquel que puede planear hoy cómo se va a desenvolver su futuro más o menos próximo, y la “lógica de cazador”, el que tiene que estar cada día pendiente de sobrevivir con lo que sea. Esta última es la que encuentra en sus experiencias con jóvenes, incapaces de insertarse plenamente en el

mundo del trabajo como lo estuvieron sus padres. En ocasiones no pueden estudiar porque no les alcanza para el boleto o porque no se sienten cómodos en ese ambiente extraño (Svampa, 2000: 93).

Maristella Svampa (Río Negro, 1961) ha trabajado la fragmentación de la sociedad argentina desde varios lados. En *Entre la ruta y el barrio* (2002) analizó el fenómeno de los piqueteros. En el libro colectivo *Desde abajo* (2000) la temática está centrada en los “nuevos pobres”, la clase media empobrecida, centrándose su trabajo en las representaciones subjetivas de tres generaciones de trabajadores metalúrgicos. La vida de los “nuevos ricos” es abordada en *Los que ganaron* (2001), a través del estudio de los countries y barrios privados, con sus reglas, sus jerarquías y su relación con “el afuera” y “los pobres”. En su libro más reciente, *La sociedad excluyente* (2005), se concentra en las consecuencias sociales del neoliberalismo de los 90.

Pablo Semán (Buenos Aires, 1964) estudia, cerca de la antropología, el fenómeno de la religiosidad popular. Para esto, trata de desprenderse de dos nociones de sentido común muy fuertes: la de que la religión es una creencia falsa porque Dios no existe (cuyas raíces están en la dogmatizada frase de Marx) y la visión compasiva de que los pobres en algo tienen que creer, al no tener nada más. Analiza a partir de allí el fuerte sentimiento de pertenencia que la Iglesia pentecostal, por ejemplo, genera en sus fieles. Postula que su espectacular crecimiento a partir de los 80 se debió en parte a fallas de la Iglesia católica en cuanto a sus actividades de fe, que son antiguas, aburridas y dejan poco espacio a la interacción con los fieles, mientras que en las iglesias evangélicas los fieles cantan, bailan y hablan de asuntos de todos los días en relación a cómo Dios los puede ayudar. Básicamente, “revalorizan creencias tradicionales que ni la Iglesia católica (...) tiene en cuenta, y, al mismo tiempo, las adapta a las problemáticas específicas de los sectores populares urbanos”, como por ejemplo el problema del alcoholismo (Svampa, 2000: 162).

Como última pata de nuestro análisis de este período, tenemos a Javier Auyero (Buenos Aires, 1966), hijo del político del Frente Grande Carlos Auyero, que trabaja el clientelismo. Su análisis parte del “cliente”; es decir, del que recibe bienes o favores a cambio de otros hacia el puntero o dirigente político, generalmente de tercera o cuarta línea. La relación no es percibida como “antidemocrática” por los vecinos de los asentamientos, sino que lo explican porque el que trabaja en la “unidad básica” y les da los medicamentos “es bueno” o “nos ayuda cuando puede”. Auyero establece así una diferenciación entre la manera en que es tratado el tema por los medios o por políticos opositores y la que supone un estudio sistemático (como el que realizan él y sus colegas) del tema, en la cual se comprenden mejor las motivaciones subjetivas lógicas que acarrea este beneficio para el “cliente”. La retribución es vista en términos de gratitud, no requerida explícitamente como contraparte de la colaboración.

La mayoría de estos sociólogos gozan de una buena situación económica y algunos incluso ganan en dólares. En general carecen de participación política formal, al contrario de lo ocurrido en la década del 60, y no son funcionarios del Estado, como vimos en el primer período. Es por esto destacable que se preocupen por la problemática social, careciendo de mayor motivación que la pura

curiosidad intelectual. El discurso sociológico recuperó en los últimos 10 o 15 años el papel de cuestionador del orden social vigente, en una época en la cual el conformismo y el individualismo parecían haber barrido todo rastro de responsabilidad ciudadana. Al carecer de un modelo político alternativo (como fue en la década del 70 el “socialismo nacional”), este certero cuestionamiento corre el riesgo de quedarse en eso, si no es llevado de alguna manera a la agenda de las políticas públicas del gobierno.

A MODO DE CONCLUSIÓN: “LA ÚNICA VERDAD ES LA REALIDAD”

El diario EL PAÍS del domingo 15 de julio de 2007 adelanta desde un recuadro una nota diciendo: “Viaje a Ecuador para contar la verdad sobre el ‘apadrinamiento’”. Si bien no forma parte del discurso sociológico, esta idea está presente en muchas de las obras que tratamos a lo largo del trabajo. Probablemente Cané haya pensado que “la verdad” sobre los inmigrantes era que todos eran delincuentes y que había que mandarlos a sus países; o Germani que “la verdad” sobre el peronismo era que los obreros nuevos carecían de una mirada certera sobre sus intereses objetivos, y así sucesivamente. Lo que quiere decir el artículo de EL PAÍS es que lo que nos cuentan otros medios (la competencia, en este caso) o lo que suponemos (el sentido común), es falso, y que lo que ellos tienen, porque “viajaron a Ecuador”, es la realidad: la verdad.

La frase que da título a este trabajo fue popularizada por el ex presidente Juan Domingo Perón y se convirtió en una especie de dogma para sus seguidores – y no tanto – hasta hoy. El argentino de a pie aplaude esta frase tanto para apoyar alguna medida del gobierno como para criticarlo por la misma medida, para deschavar algún secreto o para desacreditar a un enemigo. ¿Cómo se explica esto? Evidentemente ni hay una sola verdad ni una sola realidad.

Tomemos dos ejemplos empíricos. Primero, cuando uno lee algún aviso de un libro sobre Cuba, siempre se publicita diciendo que el autor “fue a Cuba”, estuvo un tiempo considerable, “habló con la gente”, en fin, diciendo que “vio la realidad”. Pero entonces todos los libros sobre Cuba tendrían que decir lo mismo: “la verdad”, y no es así. Lo que nos lleva a una aproximación con el segundo ejemplo: un famoso y premiado comercial del diario Folha de Sao Paulo¹. En él un narrador nos habla de un hombre que tomó una nación destruida y en 4 años bajó el desempleo casi 10 veces, aumentó el PBI el 102%, disminuyó la hiperinflación hasta el 25% anual y demás maravillas. La cámara se aleja, se forma la imagen de Adolf Hitler y sentencia: “Es posible contar un montón de mentiras diciendo solo la verdad”.

El concepto que desliza es, entonces, que no existe una sola realidad, sino fragmentos, trozos de realidad, y que la verdad consiste en contarlos todos. Más allá del caso del diario, es obvio que esta idea nunca puede regir sin más el discurso sociológico. Este siempre es restringido, aunque su mayor o menor validez estribaría en cuán en cuenta se tengan las variables pertinentes para el caso que se analiza.

La hipótesis que tratamos de demostrar con este trabajo es que el discurso sociológico se desenvuelve según la relación que entabla con el discurso dominante. En el primer período iban de la mano: a pesar de que la élite política tenía más poder que la intelectual, se cruzaban en ciertas partes coincidiendo diagnósticos y medidas. En el segundo período la coincidencia fue más velada, pero a fin de cuentas el discurso de Germani sirvió para legitimar la situación de proscripción del peronismo, en medio de un ferviente clima intelectual. Al acabarse la época de oro, los estudiantes, antes archienemigos de Perón, pasaron a apoyarlo desde los claustros y desde las armas, y el libro de Murmis y Portantiero se gestó en ese ambiente de pensamiento más abierto. En el tercer período, queda la incertidumbre, por las limitaciones de este trabajo, acerca de si esos trabajos tan críticos hubieran aparecido en caso de que la cultura, la educación y la investigación hubieran estado entre las áreas privilegiadas por el modelo económico (lo cual, por otro lado, puede ser una ucronía inútil).

En los tres períodos, la sociología ha aprovechado su status de saber científico y experto para aportar una mirada más “verdadera” sobre la “realidad”. Cuando pudo, el poder la acompañó y la sumó. Nunca hubo una única verdad para la realidad, ya que de ser así no existirían ni sociólogos ni periodistas, pues todo estaría al alcance de todos. Los científicos sociales tienen más herramientas que el público, seamos sinceros, para apropiarse de la realidad y transformarla en conocimiento útil para diversos fines, y es aquí donde residen sus dilemas éticos. De cara al siglo XXI, debemos abandonar la ilusión de objetividad y tratar de afilar nuestro entendimiento para no embriagarnos con el dulce vino del poder.

Bibliografía:

- Castel, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires: Paidós.
- Germani, G. (1955), *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires: Ediciones Solar. 1987.
- _____ (1962), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1973), “El surgimiento del peronismo: El rol de los obreros y de los migrantes internos”. *Desarrollo Económico*, XIII, 51, 435-488.
- Ingenieros, J. (1933), *Las fuerzas morales*, Buenos Aires: Buro Editor. 1999.
- Izaguirre, Inés (2005), “Acerca de un maestro. Gino Germani, fundador de la sociología en Argentina”, *Sociologías*, XIV, 492-503.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI. 2004.
- Pucciarelli, A. (coord.) (2006) *Los años de Alfonsín*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, M. (coord.) (2000) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires: Biblos.
- Terán, O. (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Viñas, D. (1964), *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires: Sudamericana. 1995.

Nota:

¹ Se puede ver en <http://www.youtube.com/watch?v=xmbM8XGMZxI>